

no romperá la caña rota; él no extinguirá la mecha que arde todavía. El anunciará la justicia conforme á la verdad. El no se desanimará, él no se relajará, hasta que haya establecido la justicia sobre la tierra. (*Isaías*, XLI, 1 y sig.)

"Hija de Sión, llénate de alegría. Hija de Jerusalem, prorrumpe en gritos de alegría; he aquí á *Tu Rey* que viene á tí..... El ha montado sobre una burra y sobre el pollino de la burra. (*Zacarías*, IX, 9).

"He aquí el día que ha hecho el Señor. Regocijémonos y estremezcámonos de alegría. Dad la salvación, Señor, os lo suplicamos. Haced prosperar el reino de *Vuestro Cristo*. Bendito sea aquel que viene en nombre del Señor. (*Salm*. CXVII, 24 y s.)

"El nos ha parecido despreciable, el último de los hombres, un hombre de dolor y que sabe por experiencia lo que es sufrir. Nos apartamos para no verle; le hemos despreciado, no hemos hecho ningún caso. (*Isaías*, LIII, 3).

"Vos sois verdaderamente un Dios atento para ocultaros, el Dios de Israel, único Salvador. (*Isaías*, XLV, 15).

"Mis hermanos me han tratado como á un extranjero, y los hijos de mi madre como á un desconocido, porque me abraza el celo de vuestra casa y yo me intereso por todas las injurias que os deshonoran. (*Salm*. LXVIII, 9).

"Hagamos caer al *Justo* en nuestros lazos, porque él nos incomoda; que él es contrario á nuestra manera de vivir, que él nos reprocha la violación de la ley y nos deshonra, publicando las faltas de nuestra conducta. El asegura que él tiene la ciencia de Dios, y él se llama el *Hijo de Dios*. El se ha hecho el censor de nuestros propios pensamientos. Su sola vista nos es insoportable. El se abstiene de nuestro modo de vivir como de una cosa impura; el prefiere lo que los justos esperan en la muerte, y él se glorifica de tener á Dios por Padre. (*Salm*. II, 12 y s.)

"Los reyes de la tierra se han levantado y los principes se han ligado contra el Señor y contra su *Cristo*. (*Salm*. II, 2).

"Aun aquel que me estaba muy unido y á quien yo me confiaba y que comía en mi mesa se ha levantado contra mí insolentemente. (*Salm*. XL, 10).

"El oprobio me arroja en el abatimiento, y la aflicción me consume. Yo he esperado á alguno que tomara parte en mi dolor, y nadie lo ha hecho. He buscado consuelos y no los he hallado. Como alimento, ellos me dieron hiel, y como bebida, en mi sed, me dieron vinagre. (*Salm*., LVIII, 21 y s.)

"Estoy en la turbación por causa de los gritos del enemigo. Los terrores de la muerte me han sobrecogido; el temor y la agitación me han sorprendido, y yo he sido cubierto del horror de las tinieblas. (*Salm*. LIV, 4, 5).

"Mis enemigos hablan contra mí; los que buscan quitarme la vida, juntos conciertan los medios; ellos dicen:—"Dios le ha abandonado, perseguidle, apoderás de él; no hay quien pueda sacarle de nuestras manos." (*Salm*. LXX, 10, 11).

"Ellos pensaron entonces treinta piezas de plata por mi rescate. Y el Señor me dijo:—Id á arrojar al alfarero esta hermosa suma en la cual me han estimado, cuando me han puesto á precio. (*Zacar.*, XI, 12).

"Oh! espada, revélate, dijo el Señor de los ejércitos. Ven contra *Mi Pastor*, contra el hombre que me está íntimamente unido. Hierre *Al Pastor*, y las ovejas serán descarriadas. (*Zacar.*, XIII, 7).

"No me abandonéis á la mala voluntad de los que me oprimen. Falsos testigos y hombres que no respiran más que violencia se han levantado contra mí. (*Salm*. XXVI, 12).

"Se le ha pedido lo que no debía, y él ha estado en la humillación; mas él no ha abierto la boca. El ha sido llevado á la muerte como un cordero y como una oveja que es muda ante aquel que la esquila, él no ha abierto la boca. (*Isaías*, LIII, 7).

"Yo he abandonado mi cuerpo á los que me huían, y mis mejillas á los que las arrancaban. Yo no he apartado el rostro de los que me cubrían de salivas. (*Isaías*, L, 6).

rencia, yo he entregado al objeto que más amaba mi alma en las manos de sus enemigos.

“La nación que yo había elegido por mi patrimonio á mi vista ha hecho como el león del bosque, ella ha lanzado grandes rugidos contra mí: este es el motivo por el cual ella se ha convertido en objeto de mi odio. (*Jerem.*, XII, 7, 8).

“Yo descubriré su locura á los ojos de los que le aman, y no habrá hombre que pueda sacarle de mi mano. Yo haré cerrar sus cánticos de alegría, sus días solemnes, sus neomenias, su sábado y todas sus fiestas. (*Oseas.*, II, 10).

“*El Cristo Será Entregado A Muerte*, y el pueblo que haya renegado de él, ya no será su pueblo. Otro pueblo, dependiente de un jefe que debe venir, destruirá la ciudad y el santuario. (*Daniel*, IX, 26, 27).

“Si vosotros os apartáis de mí, vosotros y vuestros hijos... yo exterminaré á su generación de la tierra que yo les he dado. Yo arrojaré lejos de mí á ese Templo que he consagrado á mi nombre. Israel será la fábula y el objeto de las burlas de todos los pueblos. *Esta Casa Será Derribada*, como un ejemplo de mi justicia. Cualquiera que pase cerca del lugar en donde estaba, será sobrecogido de admiración y le insultará. (*III Reyes*, IX, 6, 7).

“Yo miré, la noche, la visión, y apercibí cómo el *Hijo Del Hombre* que venía sobre las nubes del cielo; él se avanzó hasta el Anciano de los días y le fué presentado. Y él le dió la potestad, el honor y el reinado, y todos los pueblos, todas las tribus, todas las lenguas le sirvieron. Su potestad es una potestad eterna que no le será quitada, y su Reino jamás será destruido. (*Daniel*, VII, 13, 14).”

Ruego al lector observe que estos extractos, cuyo número hubiera podido aumentar, están tomados de la Biblia tal como a conservan los Judíos; los libros de que se compone esta Biblia son todos redactados muchos siglos antes de Jesús, y su colección total abraza un período de más de catorce siglos.

Esos pasajes fragmentarios forman un cuadro detallado y

completo del Mesías; creérase trazado por los Evangelistas después de su aparición.

Aquí se encuentran todos los rasgos esenciales: su raza Abrahámica, su descendencia de Jacob y de David, su origen virginal, la espera universal de que era objeto, su nacimiento en la pequeña ciudad de Bethlehém, su origen eterno en el seno de Dios, su filiación divina, su nombre de Emmanuel y de Salvador, su huida á Egipto, su retiro en el país despreciado de Nazareth, la venida de su precursor, su unción divina por la plenitud del Espíritu, su función de profeta, de evangelista, de taumaturgo, su carácter de una bondad sin límites y de una dulzura infinita, el misterio que encubre á su naturaleza divina, el fracaso de su apostolado en medio de su pueblo, las persecuciones y el odio con que él fué perseguido, todos los detalles de la muerte que él debía sufrir, su agonía, su traición por treinta dineros, por uno de los suyos, su abandono de parte de sus propios discípulos, su cruz, su sepultura, su resurrección, en fin, su triunfo deslumbrador proclamado á la faz de la tierra, en el gran día de la historia, por la destrucción de la idolatría, por el espantoso castigo de sus perseguidores, por la conquista del mundo pagano, por el establecimiento de su propio reino en medio de este mundo, quien, al atacarle prueba su potestad indestructible y su eternidad.

IX

Todos esos documentos diseminados, esparcidos á través de los siglos, son como las piedras de un edificio prodigioso, talladas y esculpidas, por obreros que no son conocidos y bajo la inspiración de un arquitecto invisible, cuyos proyectos no fueron entregados plenamente á ninguna criatura.

Cuando Cristo apareció, reveló en su persona, en su obra, en su doctrina y en su vida el misterio velado á todas las ge-

neraciones.¹ El cumplió una á una todas las profecías; él realizó hasta en el menor detalle todo lo que ellas habían anunciado; él lo decía á todos, él trató de persuadir á su pueblo.

Los doctores rehusaron comprenderle. Ellos no han sabido penetrar el sentido espiritual del lenguaje simbólico de sus profetas, ni independerse de su orgullo de raza y de religión. Chocados por el elemento de dolor, de humillación y de muerte que formó uno de las caracteres esenciales del Mesías, ellos no han sabido elevarse hasta su naturaleza divina y aliar en una síntesis atrevida ese doble misterio de la divinidad y de la humanidad sufriende que él llevó consigo. Ellos no han podido reconocer la imperfección de su ley que debía desaparecer ante la ley viviente de Cristo; y, aun cuando su ceguera obstinada para con el Mesías hubiese sido anunciada por los profetas, ellos no han dudado de su obstinación y de su ceguera; y ellos se han estrellado contra la piedra del ángulo sobre la que todo el edificio de Dios iba á construirse.

Algunos hombres, algunos elegidos entre los ignorantes y sencillos—los más desdeñados,—han sido los únicos iniciados en la verdad mesiánica. Ellos han descubierto en la escuela de Jesús, lo que los sabios de la nación no habían podido ver. Su fe ha confesado, á la luz del Espíritu, la filiación divina y el misterio pavoroso de los dolores del Hijo del Hombre. Ellos han reconocido en él al León invencible de Judá, y al Cordeiro de Dios que se deja degollar. A ellos, á esas pobres gentes sin cultura es á las que debemos conocer á Aquel que, estando todo en la forma de Dios, se ha anonadado á sí mismo en la forma de una criatura, obedeciendo á su Padre hasta la muerte, y hasta la cruz,—ese suplicio de los esclavos.

Repudiando á Jesús, y obstinándose en despreciarle, los judíos han perdido el sentido verdadero de su libro. Ellos le conservan y le leen, pero no le comprenden. Para ellos es un libro cerrado y velado. La idea, el héroe, la obra mesiánica

¹ Efes., III, 9.

forman el lazo, la unidad, la vida; pues bien, esas cosas se les escapan: ellas no tienen sentido más que en la doctrina, la persona y la obra de Jesús.

Aquí hay un fenómeno único en la historia, le recomendamos á todos los que niegan el profetismo y las profecías.

Toda la Biblia es mesiánica. Estudiada en su espíritu, en su sentido más profundo y más verdadero, ella mira á ese personaje del porvenir, ella le promete y le llama; ella le describe, le figura y le prepara. Los más grandes doctores, entre los Judíos, los targumistas del primero y del segundo siglo, los Onkélos, los Jonathán y los Akiva, jamás han variado en interpretar de esta manera al libro sagrado. Los pasajes que hemos citado no tenían ninguna duda para ellos; y al entenderlos como nosotros, ellos no creían que preparaban su propia confusión; porque es el profeta anatematizado por el Sanhedrín, al solo Crucificado triunfante, á quien pueden convenir las grandes palabras de los videntes de Israel.

Los exegetas modernos, testigos del triunfo persistente de Jesús, no han tenido otro recurso, para debilitar la profecía, que atacar la realidad de la historia evangélica, ó borrar, por una interpretación estrecha, la profecía de esta historia. Ellos han tomado la Biblia, teniendo cuidado al interpretarla, de separar el sentido místico y de desnaturalizar frecuentemente el sentido literal. Esto es un trabajo perdido. El estudio imparcial de los documentos bíblicos conduce á ese resultado: las palabras de los videntes no tienen justificación más perfecta que la historia misma de Jesús; ellas no tienen su sentido pleno más que en él. Ellas pasan siempre el primer plan que ellas trazan, y ellas alcanzan al plan que domina todo, al Mesías y á su obra tales como Dios, en su providencia insondable, las preparó desde el origen de los tiempos y de las cosas.

La religión, enseñada por Jesús y realizada en él, abraza en su vitalidad poderosa á la humanidad entera. Ella es como un gran libro de historia en dos volúmenes. Uno contiene la profecía de lo que debe ser; el otro, la narración de lo aconteci-

mientos profetizados. Sólo el Espíritu de Dios ha podido escribir el primero; sólo él ha podido realizar lo que contiene el segundo y permitir á los hombres el comprenderlo y referirlo. Los dos volúmenes están abiertos á todos los ojos. No está en el poder de nadie el falsificarlos. Si los cristianos tocaran al primero, los Judíos elevarían desde los cuatro confines del mundo una protesta; y si los herejes ó los paganos modernos quisieran tocar al segundo, la Iglesia, que lleva á la humanidad, se levantaría para guardar sus Evangelios.

He aquí los dos grandes testimonios de Dios. Así aparece Señor de los tiempos, puesto que él los anuncia aun antes de que ellos sean, y puesto que él los hace llegar, como los había anunciado por la voz de los profetas.

Ninguna crítica, ninguna exégesis, ningún sistema tendrá razón de esta obra colosal; mas Dios se complace en sus relaciones con el hombre, en confundir la vana sabiduría que se prevale contra él, y en desdeñar á esta cultura, que bajo el nombre de ciencia y de filosofía, se encarniza en demoler su obra. La obra subsiste, impasible y creciente, admirando á los que se estrellan contra ella y atrayendo á su luz á los sencillos, á los humildes, y aun á los grandes espíritus, por poco que ellos renuncien á medir á Dios y se apliquen á amarle.

X

Si la profecía existe,—y ya se ha visto con qué potestad histórica ella se impone al espíritu sin prevención.—¿por qué el milagro no ha de existir? Si existe un Jesús profetizado, ¿por qué no un Jesús taumaturgo?

Yo propongo la cuestión no al panteísta, al materialista, al positivista, al escéptico, al incrédulo, al creyente; yo la dirijo al hombre. Antes de ser adheridos á un sistema ó á una creencia, antes de pertenecer á una escuela ó á un siglo, todos so-

mos de la misma naturaleza inteligente y libre, aspirando á la verdad y al bien. Por este título es por el que sentimos unidas á través del tiempo y del espacio, las civilizaciones y las fronteras.

¿El milagro existe ó no existe?

Es imposible se me dirá. Todos los milagros son leyendas ó mitos que no tienen realidad más que en la imaginación que los forja, en la incredulidad ó en la impostura de los narradores. Las profecías no son más que libros redactados después del acontecimiento. La humanidad no conoce ni predicciones ni milagros. Esta es la respuesta del panteísta, del materialista ó del positivista. Bajo el punto de vista de esos sistemas, ella es lógica; pero no es esta la respuesta del hombre. El panteísmo ¿está demostrado? El materialismo ¿es la verdad? El positivismo ¿es la regla infalible? Si ellos se engañan, si ellos están en el error, como sería fácil demostrarlo, ¿qué vale su respuesta? Y, para aquel que no los acepta, ¿qué representa su dogma de la imposibilidad del milagro?

Hay, por lo demás, una ofensa á la dignidad humana y un atentado al respeto que se debe á todo testigo, en todos esos sistemas condenados á tratar como embaucadores y necios á los que han referido solemnemente, los milagros que ellos han visto, los discursos proféticos que han escuchado.

La crítica comprendida así, no es digna de este nombre. Es una falsa balanza que engañará siempre á los que de ella quieran servirse.

Yo interrogo á la crítica de la razón pura, impersonal.

El milagro es un hecho que se produce fuera de las leyes de la naturaleza, por intervención de fuerzas superiores á la naturaleza y de la fuerza misma quien, al crear á la naturaleza, ha determinado las leyes.

¿La razón puede demostrar que esta fuerza no existe, que ella no es ni inteligente ni libre? Y si esta fuerza existe, ¿la razón puede probar que ella no es capaz de intervenir en la trama de los acontecimientos humanos ó en la sucesión de los

fenómenos del universo, y de comunicar á las inteligencias creadas el conocimiento del porvenir?

Jamás, que bien se sepa, en ningún tiempo, en ninguna escuela, en ningún sistema, han sido probadas semejantes conclusiones. Esta prueba, la esperamos hace siglos. ¿Cómo y por quién será suministrada? Ella no existe. Grandes genios revelados contra Dios la buscan, y, no la encuentran, ellos están condenados á la negación sistemática; pero lo que ellos se obstinan en negar en nombre de un sistema, nosotros lo afirmamos tranquilamente en nombre de la razón pura; ahora, los sistemas cambian, y la razón pura es inmutable.

La filosofía científica habla de la inmutabilidad de las leyes: ella confunde la regularidad con la inmutabilidad.—Si ellas no son inmutables, dice, toda la ciencia se hace imposible, porque ella está precisamente fundada sobre ellas.—Este es un sofisma. La ciencia está fundada sobre el determinismo; pues bien, la intervención pasajera de un sér superior al determinismo probada por nuestras experiencias, no impide la regularidad. Esta intervención no es más que un elemento nuevo que se lleva á una unidad más alta, comprendiendo en su círculo inmenso á la naturaleza, al hombre y á Dios que las rige.

La debilidad de la tesis que trata de establecer la imposibilidad del milagro y de profecía es de tal manera evidente, aun para sus adeptos, que, estrechados muy vivamente por la inexorable lógica, ellos se lanzan desde luego á la no existencia de los fenómenos sobrenaturales.

—Ellos no existen, dicen, jamás se han visto.

—¿La prueba?

—Nuestra experiencia científica jamás lo ha comprobado.

¿Qué es lo que puede demostrar una experiencia científica de algunos sabios y de algunos años? Aun cuando ella fuese exacta, ella carece de valor para los siglos que fueron testigos de cosas que no se ven más.

Ya no se ve aparecer la vida en un mundo no viviente: ¿esta experiencia puede autorizarnos á inculcar ese fenóme-

no prodigioso? Ya no se ve al hombre aparecer en una fauna que no hablaba y que no pensaba: nuestra falta de experiencia ¿nos autorizaría á negar la venida de un primer par humano?

Ya no se ve en ningún pueblo, sobre ninguna ribera, surgir un sér semejante á Jesús; y sin embargo, Cristo ha vivido y él se ha revelado.

Pretender sujetar á una experiencia de un día ó de un siglo, aun cuando ella fuese practicada por académicos impecables, sin preocupación y sin hostilidad, los fenómenos que han llenado la duración anterior de la naturaleza y de la humanidad, parece tan sencillo ó tan soberbio, que se encuentra uno desarmado para responder, por tanta candidez ó presunción.

Se ha tratado de comprender bajo la misma denominación de leyendas, de fábulas ó de mitos, á los milagros tales como los documentos evangélicos los refieren, con los que se pueden leer en los libros sagrados de otras religiones, los de la India, los Vedas, los Lalitavistara, el Lotus de la buena Ley y otros, los de la China, los Kings, el del Mahometismo, el Coran. Esta confusión es injusta y ofensiva.

Es necesario disiparla.

Una distinción esencial debe ser establecida entre lo que yo llamaría el milagro y lo maravilloso.

El uno es un hecho esencialmente concebible, porque en sí mismo no implica ninguna contradicción, porque hay una razón de ser suficiente y una finalidad moral. Lo maravilloso, por el contrario, es frecuentemente absurdo; cuando se busca la causa que hubiera podido producirle, no se la encontrará, y si se quiere descubrir su fin, aparecerá vano é inmoral.

Que se examinen uno á uno y en detalle los hechos milagrosos de que está llena la vida de Jesús, que se les compare con los que se encuentran en los libros consagrados á Boudha ó á Mahoma, y aun con las narraciones de los evangelios apócrifos, y se verá la diferencia entre el milagro que la razón puede y debe aceptar, si está certificado por testigos dignos de fe, y lo maravilloso fantástico que la razón debe inexora-

blemente repudiar, aun cuando fuese atestiguado por pretendidos testigos. No hay testigo contra la verdad. Ella lo domina todo. El que depone contra ella se engaña ó nos engaña. No hay que vacilar; su sangre derramada no probaría mas que la sinceridad de las ilusiones del mártir; él no sería tratado como embaucador, sino como visionario, iluminado ó fanático.

Los milagros de Jesús, referidos por los Evangelios, todos presentan un mismo carácter de fuerza divina, de verdad, de sencillez, de armonía y de bondad. Ellos no tienen nada de bizarro como los que la leyenda ha atribuido á Bouddha y á Mahoma, nada que manifieste la ostentación, el designio de admirar á la multitud y de inspirar el terror. Ellos permanecen siempre impregnados de dulzura y de una infinita misericordia; semejantes á Aquel que los verifica, ellos descubren su potestad bajo la apariencia de una mansedumbre inalterable.

La causa que los produce está en el Dios vivo oculto bajo la humanidad de Jesús, y su razón final es el bien de los hombres. Todos tienen por objeto esclarecer, tocar, mejorar, provocar la confianza é inspirar la virtud. Así ellos están consagrados por la más pura moralidad y la más perfecta santidad.

Los prodigios con los que la leyenda de ciertos hombres ha sido adornada no forman cuerpo con la historia de esos hombres; ellos pueden ser suprimidos, sin que esta historia sea tocada en la trama misma de los acontecimientos. Mahoma se explica con su obra, sus luchas, sus preceptos, sus éxitos, su ascendiente sobre los Arabes,—sin prodigios. Jesús no se explica sin sus milagros. Ellos son un elemento esencial en su misión: por ellos conquistó la fe de sus discípulos, él les convenció de su vocación mesiánica, por ellos ejerció una acción poderosa sobre el pueblo, él pudo afirmar y demostrar la verdad de su doctrina. Hasta después de su muerte, en su supervivencia en el mundo, fué esencialmente milagroso. Su obra es el mayor de los prodigios. Ninguna filosofía de la his-

toria explicará, sin la intervención constante del Espíritu de Dios, esta sociedad inmensa, indefectible, publicando á toda criatura un Dios crucificado, protestando contra todas las pasiones humanas y todos los vicios, contra toda potestad tiránica y toda esclavitud, enseñando la salud por la fe en ese Dios crucificado, por la humildad y la penitencia, por la caridad y el sacrificio.

Una doctrina tal y semejantes virtudes no pueden tomar su punto de apoyo en la naturaleza ni en la humanidad, puesto que la naturaleza y la humanidad les hacen una guerra sin cuartel. Fuera de la naturaleza y de la humanidad no existe más que Dios, y á este Dios revelado en Jesús es á quien es necesario reconocer como al sostén inmutable de la fe y de la santidad de los creyentes.

Todavía señalaré un carácter sorprendente y absolutamente original de los milagros de Jesús. Ellos son todos simbólicos y proféticos: segun la expresión subrayada por el cuarto Evangelio, ellos merecen el nombre de *signos*.¹ Todos ellos traducen visiblemente una de las funciones invisibles del poder divino de Jesús para salvar á la humanidad y transformar las conciencias; ellos profetizan todo lo que ese poder divino debía cumplir en el transcurso de los siglos, en lo más profundo del alma y aun en el gran día de la Iglesia.²

XI

Todos los críticos que han tomado por punto de apoyo un sistema particular implicando la negación del milagro, se han visto en la necesidad de proceder á la eliminación de los hechos milagrosos contenidos en los documentos evangélicos. El método merece ser señalado.

¹ Milagros.

² Envío al lector á la misma obra, para la justificación de este punto de vista que aquí me contento con indicar.

Desde que uno se encuentra ante una palabra anunciando el porvenir, se clama á la interpelación.—Esto es añadido fuera de tiempo! se dice.—¿Se ha señalado al interpelador y al falsario?—No, pero él es cierto. La profecía no existe. Ella es imposible!—Imposible para los que no admiten á Dios; pero éstos ¿han demostrado hasta la evidencia su sistema?

El procedimiento de eliminación aplicado á los hechos milagrosos es múltiple. La escuela mítica, nacida hace cincuenta años y muerta después, decía: Todos esos hechos son la invención de los primeros cristianos. Ellos tenían en el espíritu un tipo convenido del héroe mesiánico á quien esperaban, y un sér superior llamado Jesús habiéndoles persuadido que él era este héroe, le atribuyeron á él todos esos caracteres.

¿La escuela mítica ha dado una prueba cierta, positiva, de ese trabajo de creación legendaria? ¿Ha explicado por documentos ciertos cómo el obrero carpintero Jesús ha ejercido sin milagro un ascendiente tal sobre sus discípulos, á quienes subyugó al grado de hacerlos sus apóstoles, heroicos por su fidelidad y su virtud? ¿Ha refutado el testimonio de los narradores que afirman y atestiguan la verdad de sus narraciones? ¿Mentían, entonces, glorificando á su Maestro? ¿La historia es acaso un engaño?

No refutaré á las doctrinas muertas.

La antigua escuela racionalista alemana observó el procedimiento literario para desembarazarse del milagro evangélico. Toda la vida de Jesús era en realidad una vida como nuestras vidas humanas. Los más sencillos acontecimientos han revestido un carácter milagroso por la manera con que la refieren los escritores. Ellos poetizan, ellos embellecen; ellos toman una ilusión de óptica por la realidad; los muertos no estaban más que dormidos; los poseídos no eran sino epilépticos ó maníacos. La ignorancia, la credulidad, la imaginación oriental son las que han dado á la vida de Jesús esta apariencia legendaria y sobrenatural de la que la verdadera ciencia sobrenatural debe despojarla.

Este método, del que los añejos alemanes Semler y Paulus han abusado pesadamente, sucumbió bien pronto ante la risa de la misma escuela mítica.

He aquí los únicos instrumentos de la crítica anti-taumatúrgica, á la orden de los sistemas panteístas, materialistas y ateos. Ellos han sido forjados en Alemania; en Francia, se les ha imitado, se ha sabido hacerles más finos, más sutiles, manejarlos con una mano más ligera y más esbelta. No se ha logrado destruir la piedra inmutable de la historia de Jesús.

Es necesario tomar esta historia tal como es ella, ó negarla toda. Quitarle lo que ella contiene de trascendental y de milagroso, es destruirla, no en sí misma,—ella lo desafía todo,—sino en el espíritu de los que ensayan depurarla, como dicen ellos, de todo lo sobrenatural.

En resumen, he aquí, respecto á una vida de Jesús tratada según las reglas de la historia, las cuestiones necesarias y las respuestas netas de la crítica imparcial, que no se apoya sino sobre la razón pura.

¿Como son los documentos ó los hechos de esta vida han sido consignados?

Los cuatro Evangelios.

¿Esos escritos emanan de los testigos inmediatos á los acontecimientos, ó de aquellos que han interrogado á los testigos inmediatos?

Sí.

Su antigüedad, y por esto mismo, su autenticidad, ¿son ciertas apoyadas por las pruebas más convincentes?

Sí. La crítica incrédula, aun ella misma la reconoce.

Los hechos referidos, aunque prodigiosos y milagrosos, ¿son concebibles y no implican ninguna contradicción, sea que se les examine en detalle, sea que se les juzgue en su conjunto?

Ellos son concebibles, su armonía es indisoluble y de una perfecta unidad; ellos tienen por causa la fuerza infinita de Dios interviniendo en la humanidad de Jesús, que es el órgano irresistible; ellos tienen por fin la virtud, la instrucción, la santidad

y la salvación de los hombres, la manifestación de la misericordia infalible de Dios.

¿Los testigos de todas esas cosas trascendentales pueden ser renegados?

No; su vida santa y su martirio atestiguan su sinceridad; ellos prueban, en la especie, no solamente que ellos creen lo que afirman, sino lo que afirman es real; porque su afirmación tiene por objeto hechos palpables, exteriores, sensibles, públicos, sobre los cuales no hay error posible.

XII

Cuando la crítica ha cumplido su obra, probado y elegido los materiales, la historia puede comenzar la suya y construir el edificio.

Los elementos esenciales de la vida de Jesús están suministrados por los Evangelios. El que los examina con imparcialidad, á la luz de una crítica libre de toda idea filosófica, anterior á toda creencia, de una crítica que, sólo bajo este título, tiene el derecho de llamarse la crítica de la razón pura é impersonal, aquel,—si no tiene fe,—debería aceptarlas en su integridad absoluta, sin alterarlas ó atenuarlas, sin omitir un solo hecho, una sola palabra.

Todo en ellos es histórico y real, sobre todo los hechos milagrosos, y las palabras de Jesús más trascendentales por su misterio.

De esta manera las he aceptado en esta obra; ellos se hallan integralmente armonizados y fundidos. Aun cuando mi fe no me hubiere impuesto el deber sagrado de acogerlos sin reserva, mi sola razón de historiador imparcial me lo hubiera ordenado. Lejos de tratar de llevar los acontecimientos de esta vida sin segundo y la doctrina mezclada á esos acontecimientos á las proporciones de mi pensamiento individual, yo me he

esforzado en elevarme á la altura de las cosas que refiero y de olvidarme á mí mismo ante la Sabiduría infinita de quien he reproducido las enseñanzas. Semejante disposición de ánimo es una garantía de fidelidad, porque el hombre es naturalmente inclinado á sustituir sus propios sentimientos y sus propias ideas á los sentimientos y las ideas que él trata de representar. Mezclando lo moderno con lo antiguo es como se altera casi siempre la historia del pasado.

La obra histórica es desde luego descriptiva pictoral. Ella debe pintar los hechos exactamente, reproducirlos con una narración animada y colorida que los haga presentes á la vista del lector, á pesar de los siglos, y que los haga revivir á pesar de la muerte. Yo no creo que ningún libro, bajo este punto de vista, pueda ser comparado á los Evangelios. Las escenas que ellos refieren, los cuadros que ellos dibujan son modelos de estética. Ellos tienen la sencillez y la grandeza, la sobriedad y los detalles expresivos. Sin cuidarse de las reglas del arte que ellos no conocían, seriamente preocupados de referir fielmente, en una lengua apenas correcta, la vida de su Maestro, llenos de sus recuerdos, ellos dejaron un monumento acabado, como historia descriptiva. Reproduzco su narración con una fidelidad escrupulosa, y á fin de darla exactamente, he respetado hasta las incorrecciones algunas veces tan expresivas en su rudeza. Me parece que las profanaría añadiéndoles ó quitándoles algo. Estos son cuadros excepcionales. Las obras maestras no se tocan.

¿Entonces, por qué emprender despues de ellos escribir acerca de Jesús? Los Evangelios son perfectos, y bastan; todo lo que se pueda intentar, es ponerlos en concordancia y traducirlos en nuestras lenguas modernas.

Mas la historia no es solamente una narración de hechos; si ella es desde luego y ante todo una obra pictoral, ella tiene el deber de poner mano á los hechos y colocarlos en su medio.

Todo acontecimiento está sometido á la ley del tiempo y del espacio. La razón no le concibe sino refiriéndole al punto

del espacio en que se ha verificado, y al punto del tiempo que le ha visto producirse. El punto del espacio nos está indicado por la geografía; el punto del tiempo, por la historia general de los pueblos y de la humanidad. La descripción de un hecho no es completa sino con la condición de mostrarle no solamente en sí mismo, sino en ese doble medio que le cubre. Frecuentemente es incomprensible y queda inexplicado, si le aislamos de su cuadro.

Cuando se escribe sobre los acontecimientos contemporáneos, por los contemporáneos, se supone que ellos conocen el teatro geográfico é histórico de esos acontecimientos, y se les deja, al narrar los hechos, el cuidado de colocarlos en él. Así lo han hecho los Evangelistas escribiendo la vida de su Maestro para los primeros cristianos. Por lo demás, sólo el hecho les bastaba; él contiene siempre algún elemento eterno, superior al tiempo y al espacio, y despreciando intencionalmente quizá, las condiciones de tiempo y de medio, ellos colocan al Hijo de Dios en la inmensidad de los siglos y más arriba de la tierra, y su personaje tenía bastante grandeza para corresponder á todos los siglos y á toda la tierra.

Sin embargo, nosotros que no hemos visto como ellos á Cristo vivir, obrar y hablar; nosotros que no le vemos sino en lo que tiene de eterno; ¿no es permitido volver á colocarle en su cuadro terrestre y humano, en esta tierra de Palestina que ha guardado la huella de su paso y que ha sido la testigo de su vida? ¿No será prohibido ponerle en ese medio social judío, entre los hombres que fueron sus conciudadanos, entre esa multitud que se oprimía entre sus pasos, ante esa sociedad judaica cuyo enojo sufrió y de quien experimentó la obstinación y ceguedad?

No solamente considero esta obra como legítima, sino que me parece indispensable para la inteligencia de la vida de Jesús, de sus hechos y movimientos, de sus dolores, de la forma de sus discursos.

Un hecho se altera aislado de su medio. Por perfecta que

sea una tela, ella necesita su cuadro verdadero y armonioso, para que la gama de los colores y de los tonos no sea falseada y que ella tenga toda su fuerza.

Yo me he aplicado con cuidado á colocar la vida de Jesús en lo que yo llamaré su medio pintoresco ó geográfico y en su medio social y judío.

Dos viajes prolongados me han permitido estudiar de cerca á la Palestina, la tierra de Jesús. Yo la he recorrido lentamente, en todos sentidos, siguiendo las huellas del Maestro desde Bethlehem y Hébron hasta los confines del Tyro y de Sidonia y hasta el nacimiento del Jordán. Me he detenido largo tiempo en los mismos lugares en los que Jesús había vivido más largamente, más ardentemente luchado y sufrido, enseñado más y más amado. Yo he ensayado volver á ver á esos lugares tales como fueron, hace diez y ocho siglos; su desolación presente, sus ruinas amontonadas, las construcciones levantadas por la piedad de los cristianos casi nada han dejado subsistir del estado primitivo. He consultado las tradiciones venerables, interrogado á los viajeros más peritos, sobre todo estudiado los Evangelios, y puedo decir que yo he vivido ahí, en esta tierra en donde se ha cumplido todo lo que ellos refieren.

Los que han combatido la realidad de la historia de Jesús seguramente no han visto la Palestina; si la hubieran estudiado con el Evangelio en la mano, habrían comprendido que el Evangelio no inventa.

Ninguna vida presenta á semejanza de la vida de Cristo una armonía más estrecha con la tierra en donde fué desarrollada. Como la Galilea, con su ciudad de Nazareth, su lago de Tiberiades, su Thabor, sus colinas y sus valles todos verdes, realza bien la figura de Jesús viviendo treinta años desconocido, del apóstol, del doctor popular anunciando el Evangelio del Reino, enseñando á la multitud por parábolas, llevándole al

1 Debo á mi excelente y bravo intérprete, Melhem Ouardy, de Beyrouth, un gran reconocimiento por la adhesión y experiencia que puso á mi servicio.

desierto, y revelando sobre una montaña á sus discípulos su gloria eterna! Cómo la Judea austera, árida con sus montes rocallosos, cómo Jerusalem con su valle del Cedrón, obscurecida por sus tumbas, se armonizan bien con el Profeta despreciado, rechazado, condenado ignominiosamente y muriendo en un suplicio!

Me parece haber tomado, al contacto de la Palestina, de sus ruinas, de los recuerdos sagrados de que está llena, el sentimiento profundo de los hechos evangélicos y de su verdad, de su realidad, de su belleza. Esos hechos son inseparables de esta tierra. Ella puede volverse más triste todavía, más desolada, más muerta; ella los coloca siempre en su luz, en sus valles, en sus colinas ondulantes, en sus caminos por donde Jesús ha pasado y por donde generaciones sin fin pasan y repasan aun después de él.

La reconstitución del medio social en el que vivió Jesús es más difícil que la pintura de los lugares predestinados para verle obrar. Es, quizá, el trabajo más complejo y el más difícil de la historia.¹ Se puede intentar el retrato de un hombre, no el de un siglo, de un tiempo, de una civilización, en un momento determinado de su existencia. Sin embargo, jamás se comprenderá á un hombre público, si no se le estudia en la sociedad á la que pertenece. Ahora bien, una sociedad está formada de millares de elementos que es imposible, á pesar de todos los esfuerzos y con las informaciones más variadas y más exactas, reproducir en su complejidad, su movilidad y su actividad. Todo lo que puede ensayar el historiador

¹ Las obras más preciosas para el conocimiento de la sociedad judía en el tiempo de Jesús, y que se pueden llamar las obras fuentes son los libros del Nuevo Testamento, los libros del Antiguo Testamento, los apócrifos del Antiguo Testamento, algunos tratados de Filon, los Talmuds, el *Libro de las antigüedades* y la *Guerra de la Independencia*, de Flav. Josefo, los Libros sibylínicos, la gran historia clásica de Roma, Suetonio, Tácito, Plinio el Joven, Dion Cassius, etc. Los trabajos modernos, en Alemania sobre todo, son considerables, y no se puede sino reconocer su importancia. Tanto como la exégesis, en ese país, ha sido estéril, porque ella ha estado casi siempre al servicio de una *tendencia*, igualmente su historia propiamente dicha de los *tiempos críticos* ha sido fecunda.

sincero, es describir la organización religiosa y política de un pueblo, nombrar y explicar los partidos que se agitan en esta organización, señalar las doctrinas filosóficas, las creencias, las preocupaciones, los hábitos de vida, las costumbres, los usos tradicionales, las pasiones políticas y religiosas. Por imperfecta que sea esta restauración, arroja una gran luz sobre la vida de un hombre. Muchas palabras de Jesús, muchos hechos de su vida se explican por sí mismos, sin que haya necesidad de comentarlos, sólo porque los unos y las otras están colocadas en su medio verdadero.

Cuando ha restablecido los hechos de una vida humana en su cuadro natural, el historiador no ha prosperado mas que en acabar la descripción. Una tarea no menos necesaria se le impone, él debe agruparles en su orden cronológico.

La serie de los acontecimientos es la historia misma. La unidad de una vida no es concebible sin este encadenamiento. Una de las dificultades, uno de los problemas de la vida de Jesús es determinar con exactitud la sucesión de los hechos que los documentos nos han suministrado y que constituyen su vida pública. Los datos cronológicos suministrados por el tercero y cuarto Evangelio y por algunos historiadores profanos, esclarecidos además por la astronomía y la numismática atentamente estudiadas y comparadas, nos han permitido llegar á un resultado motivado. El lector hallará en el primer Apéndice, bajo el titulo de: *Cronología general de la vida de Jesús*, los motivos que me han autorizado á fijar en el año 747-749 el nacimiento de Jesús, en el año 27-28 la época de su bautismo, en el año 28-29 su ministerio galileo, en el año 30 su muerte. No ignoro las divergencias numerosas que dividen, acerca de estos diversos puntos, á los cronologistas y á los historiadores de Jesús; mas creo que esas divergencias, que no pasan de siete años respecto de la época extrema del nacimiento y de la muerte, que se reducen á un solo año para la duración de la vida pública, son de poca importancia bajo el punto de vista de la substancia misma de la historia. Ellas

autorizan, en todo caso, la libertad del escritor, si al adoptar una conclusión, él la motiva.

Algunos autores han avanzado que la vida pública había durado hasta siete años. Para ser aceptable semejante aserción debería apoyarse sobre los documentos evangélicos y no sobre autoridades posteriores. Ahora bien, se puede discutir, según los Evangelios, el punto de saber si hubo tres ó cuatro Pascuas en el ministerio de Jesús; pero nada nos permite descubrir una de más ó de menos.

Cualquier sistema que se adopte, la historia entera de Jesús se desarrolla entre dos fechas fijas, incontestables. Nació antes de la muerte de Herodes, acaecida en la primavera del año de 750 ó 751, y murió seguramente antes que Pilatos abandonara la Judea, es decir, antes del año 36 de la era vulgar.

Los hechos de una vida descritos y clasificados siguiendo á una cronología justificada, no resta al historiador más que un deber, el más arduo y delicado, el de explicarles, mostrar la naturaleza, la importancia, el lazo profundo, las causas diversas y las consecuencias, sin alterarles sin embargo, animarles, desfigurarles.

Con un respeto infinito, ante una vida como la de Jesús, es como he ensayado este trabajo. Cada una de sus palabras, cada uno de sus actos me parece como un diamante, una perla preciosa: me he contentado en imitar el arte del joyero, he engastado esas piedras talladas por una mano divina, y no he buscado, al montarlos, mas que darles más relieve y más brillo.

Para comprender las acciones de Cristo y su doctrina, las ciencias auxiliares de la historia, psicología, moral, filosofía, teodisea, sociología, antropología, no bastan. Jesús las sobrepuja á todas. Ninguno le contiene por completo. Su vida, á cada momento, desconcierta lo que llamamos nuestra psicología, nuestra moral, nuestra filosofía, nuestra sociología, nuestra antropología, nuestra débil y tímida teodisea.

Además, apelando á esas ciencias, en la medida en que me

eran familiares, nunca he vacilado en elevarlas á la altura de Jesús y jamás he intentado aprisionarle en ellas. Cuando él las domina, él no las destruye, las esclarece.

El mayor monumento elevado por la teología á la gloria de Jesús es el *Tratado de la Encarnación*, de Santo Tomás de Aquino.¹ Ningún genio ha explicado en una síntesis más poderosa, con una razón más firme, una psicología más exacta, el misterio de Cristo. Toda vida de Jesús debería contenerle por completo, para estar en la plena luz de la doctrina. Debo á ese maestro lo mejor de lo que he ensayado para llegar á lo que se pudiera llamar la fisiología cristiana de esta historia.

XIII

Al comenzar este trabajo, no he dejado de comprender ni su grandeza ni sus dificultades. Las he sentido aumentarse, á medida que la he continuado. Al verla terminada, reconocí sus lagunas y su insuficiencia. No depende de mi voluntad que sea tan indigna de Aquel cuya historia he referido.

Una convicción profunda me ha sostenido: Cristo, viviendo, obrando por su Espíritu en la Iglesia, es la salvación de la humanidad y de las naciones modernas. Unir á él las conciencias de un país y de un siglo, ensayarle solamente, es dar á ese siglo y á ese país el mayor de los beneficios.

La civilización moderna, con sus aspiraciones ardientes á la justicia, á la libertad y al bienestar de los más pequeños, á la caridad y la paz, nació de Jesús. Si él le ha dado la vida, ¿quién mejor que él pudiera conservarla, dominar el egoísmo, refrenar la violencia, avasallar las locas pasiones que nos devoran? El verificó esas maravillas en el secreto de las conciencias; él no desea de nosotros más que le permitamos cumplirlas en nuestro país.

¹ *Summa theolog.*, 3ª part.

La lucha que nos desgarran en el fondo, es la lucha á muerte entre el antiguo paganismo persistente y el reino nuevo del Evangelio. Apóstol, he querido trabajar en este reino nuevo que es el reino de Dios, el reino espiritual de la Iglesia, el reino del hombre libre de todas las servidumbres humanas y de la más terrible de todas, porque él las engendra todas, la esclavitud interior del mal, de la ignorancia y del vicio.

Como Jesús apelaba á la conciencia más que á la ciencia, puesto que él hablaba á todos, ese libro, que ensaya evocarle ante este siglo, se dirige á la conciencia de mis contemporáneos, sin por eso desdeñar la ciencia.

Una preocupación vivaz pretende actualmente que entre la ciencia y la fe el divorcio es consumado, irremediable. Esa preocupación, yo la he combatido toda mi vida con una convicción que la experiencia no ha hecho más que hacerla intratable; la combatiré hasta mi último aliento, y no cesaré de poner en armonía mi fe eterna y mi cultura moderna. Ni en política, ni en historia, ni en ciencia natural, ni en filosofía, jamás se ha señalado un hecho cierto, una ley demostrada hasta la evidencia, que estuviera en contradicción con la palabra de Jesús, tal como la Iglesia la guarda, inmutable é incorruptible. La prueba dura hace muchos siglos; y porque ella es triunfante, la raza de los hombres que ponen su fe, no digo en una conciencia pura, sino en una razón independiente y viril, hambrientos de toda verdad nueva é inflexibles contra las preocupaciones del momento,—hubieran tenido el favor de la opinión,—se perpetúa y se perpetuará.

Sé que entre el Cristo de la fe y los espíritus cultivados de ese tiempo se han multiplicado los errores. Esta obra disipará, tal vez, algunos. Escrita en la soledad y el silencio, lejos de lo que divide á los hombres, fruto de un trabajo largo y perseverante, puedo decir de toda mi vida, no es una obra agitada de polémica, sino una obra tranquila de historia, una obra de fe. Me ha parecido á escribir la vida del Maestro, que su belleza, su dulzura, su sabiduría, su santidad, su caridad, su divi-

nidad radiante á través de sus palabras, sus actos, sus dolores la defenderían mejor que nuestros débiles y nuestros vanos enojos. Quisiera que alguna cosa de Él, un aliento de su alma y de su espíritu hubiese pasado á estas páginas. Quisiera comunicar á todos lo que él me ha dado.

A pesar de todo, Jesús es la gran figura en el cielo de los pueblos cristianos. La justicia, vivificada por la caridad tal como él la quería, se ha hecho la ley soberana de este mundo, ella avasalla á todas las conciencias, y aun de aquellas mismas que han perdido la fe de Cristo guardan su moral, olvidando que ella es de él. La potestad del sacrificio, esa palanca que Jesús ha puesto en las manos de sus discípulos, es inagotable; los verdaderos creyentes siempre están prestos á dar su vida, para que la humanidad, en el menor de sus hijos, sea arrancada del mal, de la ignorancia, del dolor y de la muerte.

A Cristo, tal como la Iglesia le guarda, quisiera atraer la vista de esta generación. Se la dice enferma: él la curará; envejecida y desengañada: él la devolverá sus veinte años y sus grandes sueños; pues su discípulo queda como el hombre de la eterna esperanza. Se le acusa de ser positiva, de no creer más que en lo palpable y en lo visible, en lo útil y en lo deleitable: él la enseñará á ver lo invisible, á gustar lo inmaterial, á comprender que el hombre más útil á sí mismo y á los demás, á la patria y á la humanidad, es aquel que sabe inmolarse, y que de todos los bienes, el más delicioso para los refinados es el sacrificio de sí mismo. Se la dice loca de placer y de dinero; quizá por esto es por lo que ella declina, porque el placer mata, y el dinero puede arrastrar á todos los vicios: Cristo la enseñará á desdeñar el placer y á bien emplear sus riquezas que desbordan á medida que la tierra es más sabiamente conquistada.

Siempre el mundo queda sujeto á mil dolores, á mil angustias, á mil tristezas. Los que ponderan la alegría de vivir, bien saben que esta alegría está terriblemente mezclada, y que la muerte es tanto más cruel, cuanto que rompe una vida más

dichosa. Cristo es el único que enseña la alegría de sufrir, porque él es el único que derrama en el alma una vida divina que no sofoca ningún dolor, que la prueba fortifica y que desprecia la muerte, porque ella nos permite mirarle llenos de esperanza.

Me atrevería á tomar la palabra del más grande de los Evangelistas, yo diría: "Esas cosas han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios." Esta es la fe de la Iglesia. Yo la confieso en la plenitud de mi razón y de mi libertad. Yo sujeto este libro á su juicio infalible, aprobando lo que ella aprueba, rechazando lo que ella rechaza, acordándome de las palabras de Jesús: "Quien os escucha me escucha; quien os desprecia, me desprecia."

Flavigny.—Sur—Osorain. Viernes 6 de Diciembre de 1889.



LIBRO PRIMERO.

LOS ORIGENES DE JESUS.

CAPITULO I.

LOS TIEMPOS.

La vida de Cristo no forma solamente la última escena de un drama nacional que ocupa un espacio de cerca de veinte siglos,—desde Abraham hasta la destrucción del pueblo Judío,—ella llena la historia universal de la que es el centro y el hecho.

En Jesús todo termina y de El todo se deriva. Después de dos mil años, él es la personalidad más viva y la más necesaria, la más contradecida y la más invencible.

Antes de narrar su vida, es necesario examinar el estado de la humanidad, en el momento en que va á nacer Aquel que amaba llamarse el "Hijo del Hombre."¹

Cada siglo contiene un cierto número de hechos generales que le caracterizan y resumen la vida complexa. Lo mismo que no se podría juzgar á los tiempos modernos, sin señalar

¹ Mat., VIII, 20; IX, 6; XI, 10; XII, 8, 32, 40; XIII, 37, 41; XVI, 27, 28, etc.—Marc., II, 10, 18; VIII, 31; XIII, 26; XIV, 21, 62.—Luc., V, 24; VI, 5, 22; IX, 22, 26, 44, 56, 58, etc.—Juan, I, 51; III, 13, 14; VI, 27, 34, 53, etc.